La carta de un desaparecido: El Pastuso



POR LUIS FELIPE NARVAEZ

En los comienzos de los años 60´s, llegaron unos camiones polvorientos, llenos de familias y trastos, que al no ser por su vestimenta los hubieran confundido perfectamente como gitanos, eran nariñenses, su hablado particular parecía un arrullo. Venían de tierras arturianas de cacharreros y de poetas: La Unión Nariño.

Aquí, estas familias se dedicaron al comercio del cacharro y del calzado, fueron fecundos y cultivaron estas tierras con trabajo y con chinos, algunos, se casaron con laboyanas: los llamaron Los Pastusos. Armando, era uno de ellos: polémico, alegrón y querendón, hizo de esta tierra sus sueños comerciales y políticos, participo del Concejo de Pitalito por el Partido Liberal, luego paso a la Anapo, siguió a la Uno etc... Era un hombre en una búsqueda continua, de cambio, por que "los únicos que no cambian son los idiotas", en esa búsqueda sucumbió, varias veces, al alcohol, las mujeres etc. En fin era un hombre lleno de etcéteras, vivía en ese escepticismo pero viviente tercer mundo. Un día, hace diez años, desapareció, lo desaparecieron, todo ese que hacer de vida se esfumó. Como si nunca hubiere existido, esos son los desaparecidos invisibles pero sus recuerdos invencibles: las ideas no se matan físicamente se mantienen porque sino los tiranos se mantendrían eternamente. Tengo uno de sus escritos que vale la pena reproducirlo para volverlo una guía: Por hombre de carácter, entiendo al que tiene el propósito de permanecer tal como es, perseverando en sus miras y en su conducta; a aquel cuya vigilancia fuerte y voluntad firme no sufren; que tome los matices de las cosas que le rodean; a aquel que no muda de sentimientos, ni por los sucesos, ni por las sensaciones ni por el miedo al ridículo; que no enciende una vela a Dios y otra al Diablo; que se afana no por parecer otro del que no es; si no por ser tal como desea aparecer; que no va en pos de la popularidad traicionando a su conciencia; que no busca tanto su propio bien, cuanto el bien que puede hacer a otros, que siente con nobleza, mantiene varonilmente, espera con gallardía, claridad de propósito y franqueza. Este es uno de los escritos que nos dejó Luis Armando Narvaez, y hoy lo recuerdo con esperanza.